

## **“Educación”. Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús.**

**EDUCACIÓN.** Durante más de dos siglos y medio, hasta su \*supresión en 1773, la CJ fue la orden religiosa mayor y más conocida entre las dedicadas a la enseñanza. Hacia 1749, de los 23.000 jesuitas, había unos 15.000 destinados a 800 centros educativos, con más de 200.000 alumnos. Formaban por tanto la mayor red internacional de colegios en un tiempo en que la educación estatal era prácticamente inexistente.

Cuando la CJ fue restaurada en 1814, los jesuitas volvieron a su ministerio de la enseñanza; de nuevo el sistema creció y aumentó. En 1914, los colegios y universidades (sin contar los seminarios) ascendían a 234, en 43 países diferentes, con 60.000 alumnos. A fines de siglo (1998), las instituciones educativas de la CJ o confiadas a la CJ, incluyendo el sistema de *Fe y Alegría* y otras redes educativas al servicio de los más necesitados, sumaban 1.611, en 73 países, con un total de 1.583.555 alumnos. Desde principios del siglo XIX, sin embargo, los colegios jesuitas se han desenvuelto en un contexto muy diferente: docenas de otras congregaciones se han dedicado al ministerio de la educación católica, y la educación en términos generales se ha considerado fundamentalmente como una responsabilidad del sector público. Con todo, la educación jesuita permanece como un ministerio básico de la CJ y como un instrumento muy importante para la evangelización y el cambio social.

### **I. ORÍGENES Y PRIMER DESARROLLO: 1540-1608.**

La CJ no fue fundada como una orden educativa. Su visión fundamental, como se expresa en la \*Fórmula del Instituto, era la de una entrega total a Dios por medio del servicio total a la Iglesia: ser enviados en misiones por el Vicario de Cristo, sustentándose de limosnas y sin lugar permanente de residencia. Los ministerios

debían ser sacerdotales: sobre todo la predicación, y luego la enseñanza del catecismo, la administración de los sacramentos, la práctica de las obras de caridad. Aunque la educación era ciertamente un ministerio, habría supuesto una larga dedicación en un lugar determinado, una dependencia de fuentes adecuadas desde el punto de vista económico para mantener costosas instituciones, y una limitación de la libertad para ir dondequiera que la necesidad fuese mayor (*MonConst* 1:224).

Los ministerios que Ignacio y sus primeros compañeros tenían en mente, requerían, sin embargo, hombres bien formados. Cuando buscaron que otros se les uniesen en sus labores apostólicas, pensaron en jóvenes con una vida espiritual sobresaliente que poseyesen también una formación sólida en humanidades, filosofía y teología. Muy pronto resultó evidente que tales hombres no se encontraban con facilidad; y que si se encontraban, con frecuencia no estaban capacitados para la vida de la CJ. Por ello, ya hacia 1539 los primeros compañeros habían decidido aceptar jóvenes que todavía necesitaban más formación intelectual. Obtuvieron permiso del papa para establecer colegios cercanos a famosas universidades en Europa, como habían hecho otras órdenes religiosas (véase \*Casas, II). Para el mantenimiento de estos colegios, las \**Constituciones* de la CJ permitían (como una excepción) conseguir rentas o fuentes de ingreso. No se ofrecían clases propiamente dichas; los jóvenes vivían juntos y recibían formación religiosa mientras asistían a los cursos de la universidad. El primer colegio de este tipo se comenzó en París (1540), pero el primero "fundado" formalmente, es decir con una donación para su sustento, fue en Coímbra (1542), gracias a la generosidad de Juan III de Portugal. Se abrieron otros en Padua y Lovaina (1542), Colonia y Valencia (1544), y Sevilla (1554). Sin embargo, los resultados no fueron satisfactorios. No había un sistema pedagógico o educacional que

fuera común a todos ellos, ni un programa de instrucción consistente; los cursos eran demasiado largos y de cualidad desigual (*MonPaed* 1:497ss). Ignacio decidió entonces que tan pronto hubiera jesuitas preparados para enseñar, que ofrecerían clases para los escolares en los colegios. Para 1549, el ministerio de la enseñanza (profesores jesuitas que daban clases a escolares de la CJ) había comenzado en el colegio de Padua, donde la calidad de la instrucción había sido particularmente muy poco satisfactoria; pasos similares se tomaron en otros sitios (y de algún modo en Coímbra, a partir de 1547).

Obtener las donaciones necesarias para mantener estos colegios siguió creando dificultades; sólo Coímbra gozó de una verdadera donación. Claude \*Jay escribió a Ignacio (21 enero 1545) para comunicarle que los obispos de Alemania se resistían a fundar colegios exclusivamente para jóvenes jesuitas; preferían establecer seminarios para sus propias diócesis y confiarlos a la CJ, permitiendo a los jesuitas estudiar allí también. Además, era muy posible que algunos de los seminaristas pudieran interesarse en entrar en la CJ. Entretanto, Francisco \*Javier había llegado a Goa (India) y los portugueses le pidieron jesuitas para enseñar en el colegio local de Diego de Borba (más tarde llamado de San Paulo), un seminario donde también se formaban catequistas seculares. Javier escribió a Ignacio (20 septiembre 1542) sobre el provechoso fruto de esta labor; hacia 1545 ya habían sido enviados jesuitas en misión allí, probablemente el primer caso de jóvenes, no de la CJ, que eran educados por profesores jesuitas (aunque no en una institución jesuita). En España, Francisco de \*Borja, siendo aún Duque, fundó un colegio en Gandía (1545) para la educación de jóvenes jesuitas y al mismo tiempo de los hijos de \*moriscos, que eran la mayoría de sus súbditos. En 1546, el rector presentó unos debates en público, e impresionaron tanto a los asistentes que suplicaron que sus hijos fuesen admitidos a las clases del colegio. A

petición de Diego Laínez (futuro general de la CJ), e influenciado por el éxito, ya indicado, de tales experiencias, Ignacio dio su aprobación; por ello, fue el primer colegio jesuita con alumnos externos, es decir, estudiantes locales que no vivían dentro del mismo colegio. Jerónimo \*Nadal, consciente del significado histórico del hecho, escribió en su diario, "el recién fundado colegio de Gandía fue el primero en el que los nuestros dieron clases abiertas al público" (*FontNarr* 2:206). El paso final llegó dos años después en Sicilia. Cuando los dignatarios de la ciudad de Mesina pidieron jesuitas para enseñar en un colegio que estaba a punto de establecerse, dedicado a jóvenes que necesitaban educación, Ignacio asintió, y envió a diez hombres cuidadosamente seleccionados (entre ellos Pedro \*Canisio y Nadal). De este modo, nació (1548) el primer colegio jesuita destinado primariamente para externos. Fue aquí donde el plan de estudios jesuita, elaborado posteriormente como la \**Ratio Studiorum*, comenzó a tomar forma, según el modelo del \**modus parisiensis*. El extraordinario éxito del colegio de Mesina animó a Ignacio a aceptar otras instituciones similares; al tiempo de su muerte (1556), con un total de jesuitas que apenas llegaba a un millar, ya se habían establecido o aprobado 46 colegios, la mayoría de ellos dedicados primariamente a la educación de externos (*scholae publicae*). De todas estas fundaciones de tipo muy variado, el más importante era el \*Colegio Romano: el favorito de Ignacio, y que se convertiría en el "prototipo", desarrollando un *currículum*, métodos pedagógicos y una filosofía de la educación que serviría como norma para los colegios jesuitas en todo el mundo.

A medida que la dedicación de la CJ a la educación creció y se extendió, surgieron diferentes tipos de colegios, además de los que ya ofrecían instrucción académica. El llamado *domus convictorum* o colegio de internos poseía residencias que brindaban habitación, comida y atención pastoral a los jóvenes que asistían a las clases del colegio. Ignacio había indicado en las *Constituciones*

(338) que si una casa para escolares jesuitas tenía posibilidades, "no repugnaré a nuestro Instituto ... admitir a otros estudiantes pobres". Este fue el origen de las *domus pauperum studiosorum*, que daban comida gratis y alojamiento a niños pobres que no habrían tenido otra oportunidad para obtener una educación. La primera y más famosa residencia de este tipo fue el \*Colegio Germánico, fundado en 1552 por Ignacio y el cardenal Giovanni Morone. Niños pobres, seleccionados en Alemania, iban a Roma, vivían en el Colegio Germánico y asistían a clases en el Colegio Romano, a fin de prepararse para el difícil trabajo apostólico que les esperaba en su patria. Ignacio consideró al Germánico como una de las obras más importantes y de mayor gloria de la CJ. Su ejemplo fue un factor que contribuyó mucho a poner en práctica las disposiciones del Concilio de \*Trento sobre la creación de seminarios diocesanos. Más tarde, Gregorio XIII estableció los colegios \*Maronita, Armenio, \*Griego, Húngaro e \*Inglés en Roma. así como el Suizo en Milán.

El mismo párrafo de las *Constituciones* (338) añade que "algunas veces y por buenas razones, el admitir hijos de personas ricas o nobles, que pagan sus propios gastos, no parece se pueda rehusar". Esto condujo a los colegios internados y colegios de nobles en los cuales se pagaba por el alojamiento, aunque la instrucción era gratuita. Como no había suficientes jesuitas, y surgían dificultades para la atención de los internos y el cobro de los pagos, la CJ adoptó una actitud negativa hacia estos colegios residenciales. Nadal, en sus *Scholia in Constitutiones* (322), escribió: "tenemos que tener mucho cuidado en que no se abra esta puerta ni asumamos el cuidado de los internos, sino tal vez en Alemania y en Francia, mientras persiste la plaga de la herejía". La Congregación General III (1573) reflejó esta misma actitud, y recomendó al futuro general que "tomara fuertes medidas para librar la CJ de cargas no apropiadas para nuestro Instituto y que nos aten de tal modo que nos fueren a abandonar obras

más propias de nuestro Instituto" (*MonPaed* 4:246).

En 1564, inmediatamente después de terminar el Concilio (y para dar ejemplo a otros obispos en la creación de seminarios), Pío IV fundó el Seminario Romano y lo confió al cuidado de la CJ. Debido a una reacción adversa entre una parte del clero de Roma y a similares experiencias en otros sitios, la CG II había decretado (1565) que no se debería aceptar la dirección de seminarios sino en casos realmente excepcionales, y en ellos sólo bajo algunas condiciones claramente definidas. La actitud sobre la aceptación de la dirección de seminarios pontificios en el norte de Europa era algo bien distinto. Gregorio XIII fundó el primero de ellos en Viena (1574). Al ver los excelentes resultados, e ignorando los grandes costos que requerían, pronto estableció otros en Praga (1575), Graz (1578), Olomouc (1569), Cluj en Transilvania y Vilna en Lituania (1583), Fulda (1584) y Dilinga (1585).

El millar de jesuitas que había al tiempo de la muerte de Ignacio (1556) se había cuadruplicado (4.083) en 1575, y doblado de nuevo (8.272) en 1600. Juan de \*Polanco, secretario de la CJ, indicó (1565) que sólo en Roma, además de los 661 ya admitidos, "una infinidad de otros querían entrar" (*Ib.* 3:368). Las peticiones para crear nuevos colegios seguían el ritmo de este crecimiento. Los 46 colegios que ya existían en 1556, llegaron a 107 en 1575, y a 189 en 1600. Como no había suficientes maestros preparados, la CJ tuvo que rechazar, a veces con insistencia, el celo de quienes deseaban aumentar aún este número. La CG II (1565) dio instrucciones al general para "intentar consolidar los colegios que ya existían" antes que aceptar la dirección de otros nuevos. Los siguientes generales intentaron seguir esta norma directiva; en 1585, cuando se presionaba al P. General Claudio Aquaviva a aceptar un colegio que le habían ofrecido, reveló que ya había rechazado 60 en los cuatro primeros años de su generalato (ARSI Congr 95 f 253 r).

La calidad de la educación en los

colegios estaba asegurada con el desarrollo de la *Ratio*, que promulgó normas para los directores, maestros y alumnos; dio instrucciones relativas al *currículum* y a todos los aspectos de la vida del colegio. De muchas partes se recibían expresiones de alabanza y admiración, no sólo de dentro, sino también de fuera de la CJ. En palabras de Richard \*Haller, como respuesta a los que se oponían a los colegios (1606): "No existe en la Iglesia hoy día un apostolado más útil y más necesario que el de la instrucción a los jóvenes estudiantes, tal como se hace en la Compañía ... Si queremos el testimonio de la experiencia, vayamos al norte, y veremos que por medio de sólo este instrumento de los colegios de la Compañía ... más que por medio de cualquier otro, Francia, Polonia, y ambas Alemanias han sido preservadas y casi milagrosamente recuperadas" (*MonPaed* 2:18\*-19\*).

Al mismo tiempo que se enviaban instrucciones, se ponían en práctica esquemas experimentales de la *Ratio*, y mientras la reputación de los colegios seguía aumentando, una corriente muy distinta estaba también ganando fuerza dentro de la CJ. Ignacio había concebido que los jesuitas debían vivir en casas \*profesas; éstas debían ser la norma, mientras que los colegios se añadieron después, sólo para la formación de los escolares jesuitas. Pero mientras los colegios se habían multiplicado rápidamente, el número de casas profesas, al tiempo de la muerte de Ignacio, era de sólo dos. Ignacio había aceptado este hecho con serenidad, como una señal clara de la voluntad de Dios. Pero no así algunos de sus hijos. Incluso durante su vida, algunos echaban de menos las inexistentes casas profesas. Como los colegios tenían fundaciones, los jesuitas se beneficiaban de los ingresos, bien asegurados, en lugar de vivir de limosnas, como exigían las *Constituciones*. El fin por el que la CJ se había fundado, según objetaban algunos, no se cumplía: los jesuitas no vivían como misioneros itinerantes con pobreza evangélica. La demanda creciente de profesores para los colegios acarrearía que

se descuidaran las misiones. Además, el indulto papal permitía ingresos fijos para los colegios porque estaban destinados a preparar futuros jesuitas, pero la gran mayoría de ellos no estaba cumpliendo este fin. Por ello, defendían los críticos, no era legal seguir viviendo de los ingresos de estos colegios.

Entre algunos jesuitas se extendía cada vez más la opinión de que la CJ se había desviado de su verdadero camino: que los colegios eran idea de Laínez y no la verdadera voluntad de Ignacio. Los provinciales y las congregaciones generales que siguieron, dedicaron a este asunto muchísimo tiempo, hasta que finalmente, la CG VI (1608) encontró una solución satisfactoria: los colegios, incluso aquéllos que no tenían jóvenes jesuitas como alumnos, no iban contra las *Constituciones*, con tal que una gran parte de sus ingresos se destinaran a cubrir los gastos de los jesuitas en período de formación. Poco después, el P. General Mucio Vitelleschi escribió una carta a toda la CJ: "No puede haber duda de que la recta formación de la juventud es el principal instrumento que la Divina Providencia ha dado a la Compañía para fomentar las buenas costumbres en la vida diaria de los hombres. Este instrumento ... es tan característico de nuestra familia religiosa que no sólo la distingue y pone aparte de otras órdenes religiosas, sino que también gana para nosotros gran renombre y estima entre casi todos los Príncipes cristianos; y por ello nos han pedido con gran anhelo y benevolencia que acudamos a los territorios de sus jurisdicciones; lo que ha dado resultados no sólo para la mayor gloria de Dios, sino también para el crecimiento de nuestra Orden" (Pachtler, *MonGerPaed* 3:56s).

## II. EXPANSIÓN DEL SISTEMA EDUCATIVO: HASTA 1773.

La promulgación de la *Ratio* definitiva en 1599 creó un lazo común entre la red de más de 245 colegios situados a lo largo de Europa, las Américas y las Indias. La *Ratio*, por tanto, creó el primer verdadero "sistema

escolar" de extensión intercontinental. Para Ignacio la educación era un instrumento eficaz "para la defensa y propagación de la vida y doctrina cristianas". Para los misioneros, la educación era un medio muy importante para ganar aceptación en países extranjeros, y conseguir una reputación que redundaría en una atención más cuidadosa al mensaje de Cristo. Para muchos, los colegios jesuitas se hicieron muy deseables gracias a su excelencia, su énfasis en el humanismo, su ordenada estructura y disciplina, y a la inspiración de sus maestros.

El típico colegio jesuita del siglo XVII admitía a niños de 9 o 10 años de edad. Seguían un curso humanístico, con una insistencia constante en el dominio del latín y en el cultivo de la oratoria o elocuencia: la habilidad para expresarse con claridad y de modo persuasivo por medio del \*teatro, la \*música, los discursos y los debates públicos. Los colegios jesuitas por lo común no se dedicaban a la educación primaria (leer y escribir), y sólo unos pocos incluían cursos de "tercer grado", o sea de nivel universitario en filosofía y teología. Pero todos ofrecían cursos de gramática, y la mayoría también incluían la retórica. Se daba una sólida instrucción cristiana.

El día en el colegio era largo. Las clases comenzaban hacia las 7 de la mañana, después que los alumnos ya habían tenido la oración matinal, Misa y un desayuno ligero. Toda la mañana estaba ocupada con las clases, que se interrumpían con debates entre los alumnos y las llamadas repeticiones. La tarde se dedicaba a estudio en privado o en grupo; después, nuevas clases preparaban a los alumnos para la materia del día siguiente (la llamada *praelectio*); luego todavía más tiempo para el estudio privado hasta la hora de retirarse hacia las 9 ó 10 de la noche. Las tardes de los jueves y los sábados eran libres; los domingos no había clases, pero el día estaba muy ocupado con la Misa, sermón y vísperas, con lo que quedaba muy poco tiempo para recreación. Las *Constituciones* prohibían aceptar dinero u otra forma de compensación

por la enseñanza de los alumnos; los colegios se sostenían con la ayuda de patronos ricos, beneficios eclesiásticos y reales, o el presupuesto de la ciudad. Aunque había continuas presiones para admitir más hijos de la nobleza, lo común era el dar preferencia a niños que no podían recibir educación en ningún otro sitio. Los internados se desaconsejaban, pero existían, sobre todo en áreas rurales o en países de misión. Los nobles pagaban por su habitación y comida; algunos traían con ellos a sus sirvientes para poder gozar de un estilo de vida más apropiado a su nivel social. El horario del día en los internados era muy similar al de los jesuitas en período de formación, y los estudiantes estaban bajo el cuidado y la influencia de prefectos jesuitas desde que se levantaban por la mañana hasta que se retiraban por la noche.

#### 1. *Colegios jesuitas en Europa.*

Además del Colegio Romano, los colegios nacionales y los seminarios pontificios, había un colegio jesuita en cada una de las ciudades importantes, en lo que ahora es Italia, hacia la mitad del siglo XVII. El número de alumnos alcanzaba una media de 500, pero algunos crecieron hasta casi 1.000 estudiantes.

En España había unos 60 colegios en tiempo de Aquaviva; en vísperas de la \*expulsión de 1767, el número llegaba a 112. Al no haber sido tocada España por la reforma protestante, la educación jesuita tendía más hacia lo académico que hacia lo apologético, y desempeñó su propia contribución en la Edad de Oro española. Destacó como pedagogo Juan \*Bonifacio, y hubo otras figuras muy relevantes en los campos de la filosofía y de la teología.

Dado que Portugal estaba políticamente bajo España, se desarrolló entre los jesuitas de estos dos países una relación delicada y desigual. Con todo, los jesuitas portugueses crearon su propio apostolado educativo, comenzando con el colegio de Coímbra. Aunque originalmente sólo debía dedicarse a escolares jesuitas, pronto admitió a otros jóvenes y gradualmente se convirtió en una

Universidad con reputación internacional. Los colegios de Elvas y Évora, también establecidos originalmente para jesuitas, tuvieron una expansión similar. El colegio de Lisboa, con 2.000 alumnos, era famoso en toda la Península Ibérica. Durante el siglo, los jesuitas portugueses inauguraron más de 20 colegios. El jesuita de mayor renombre en Portugal fue, tal vez, Pedro da \*Fonseca, bajo cuya dirección estudió Luis de \*Molina.

Francia fue como el escaparate del apostolado educativo jesuita: en ningún otro país los colegios jesuitas alcanzaron mayor prestigio; debido a sus colegios los jesuitas de Francia eran conocidos como "los profesores de Europa". Más de dos tercios de los jesuitas de Francia, durante el siglo XVII, trabajaban en colegios. El mismo Ignacio se inspiró en los métodos educativos de la Universidad de París, donde había estudiado; el *modus parisiensis* sirvió de modelo para la *Ratio*. Fue en Francia donde la *Ratio* se puso en práctica más plenamente, y donde su influencia fue más visible. Francia fue también donde los jesuitas personalmente se implicaron más en las complejidades del maniobrar político. Como resultado, les tocó correr la suerte de las luchas internas de la nación. Con la aprobación del rey Enrique IV, se inauguraron 18 colegios a principios del siglo XVII. Al caer en desgracia del Rey, el \*Colegio de Clermont (fundado en París en 1562) fue cerrado en 1594 y reabierto en 1618. El Collège de La Flèche, cerca de Angers, fue el favorito del Rey: el colegio era grande, con más de 1.000 alumnos, eminentes profesores, y era probablemente el centro más famoso de Francia entonces. Se le recuerda hoy como el colegio en el que se graduó René \*Descartes. Otros colegios célebres fueron Louis-le-Grand (sucesor de Clermont en 1682), St. Nicholas en Amiens, y el de la Trinité en Lyon. Hacia 1616, se habían fundado en Francia 45 colegios, algunos con 100 alumnos, otros con más de 2.000. Al tiempo de la disolución de la CJ (1762), había más de 124 colegios, esparcidos por las ciudades más importantes y por las provincias rurales.

Estos colegios desempeñaron un importante papel en la construcción de la cultura del país y en la lucha contra los hugonotes y el \*jansenismo. Aunque las \*Congregaciones Marianas existían en los colegios jesuitas de todo el mundo, en Francia tuvieron su mayor y más fuerte influencia. Los profesores jesuitas ejercieron su influjo más allá de los colegios por medio de su predicación y de sus escritos. El dominio del latín que se adquiría en el colegio fue también clave para su poder: ello aseguraba el ser admitido en los más altos círculos de la sociedad. Además de Descartes, entre los alumnos se contaron (san) Francisco de \*Sales, Corneille, Molière, Jacques-Benigne \*Bossuet, Montesquieu y François-Arouet \*Voltaire. A pesar del gran éxito la educación jesuita, tropezó con gran resistencia, sobre todo a nivel universitario. Las universidades francesas se habían estancado y se resistieron a los cambios que proponía la *Ratio*. Durante algún tiempo, los alumnos salidos de los colegios jesuitas no eran admitidos para sus estudios universitarios en ningún colegio que estuviera bajo la influencia de la Sorbona; una de las consecuencias de ello fue que los jesuitas crearon sus propias universidades, como la de Pont-à-Mousson en Lorena, y gradualmente muchos colegios jesuitas fueron ampliándose con la creación de "facultades de artes", adscritas a alguna universidad. Pero durante mucho tiempo se les prohibió enseñar teología. Según algunos, este monopolio en la enseñanza de la teología (anticuada y estática, adversa a la influencia jesuita) fue uno de los factores que contribuyeron a la crisis jansenista.

En Alemania, Austria, Bohemia y Hungría, el ministerio de los jesuitas se dirigía principalmente contra la Reforma protestante. Al principio, éste consistió en la predicación; pero muy pronto se hizo patente que la defensa más eficaz era la de la autorreforma a través de la educación. Se fundaron 35 colegios en Alemania y Austria en 1620, entre ellos Colonia, Viena, Múnich y Würzburg, y en Hungría, en Turóc y

Nagyszombat, que se sumaron al que ya existía en Klausenburg (Cluj). Se acepta en general que estos colegios, junto con los seminarios, constituyeron un factor importante para la preservación de la fe católica en los países "alemanes". Hacia 1773, había unos 90 seminarios y 220 colegios.

En los Países Bajos, la guerra contra España interfirió con la fundación de colegios, aunque se establecieron cuatro bajo protección española. Pero a mediados del siglo XVII, los jesuitas dirigían 42 colegios en las dos provincias. Entre los eruditos famosos se contaron Leonardus \*Lessius en teología y derecho, Cornelius a \*Lapide en Escritura y la escuela de los \*bolandistas en el campo de la investigación hagiográfica.

Ragusa (hoy Dubrovnik en Croacia) había pedido a Ignacio que se fundara allí un colegio en 1555; la petición se concedió en 1560, y condujo a otras fundaciones en Spalato (actual Split) (1581), Zagreb (1807) y en otras diez ciudades. Algunos de ellos (Zagreb, Fiume/Rieka y Ragusa) pronto se ampliaron con facultades universitarias.

Los jesuitas llegaron a Polonia y Lituania en 1564; se abrió un colegio en Braniewo en 1565, la primera escuela humanista al servicio de los católicos. Le sucedió una serie de colegios, que condujeron a la inauguración de la Universidad de Vilna en 1579, con ayuda directa del Rey y de profesores procedentes del Colegio Romano. Se convirtió en un centro de humanidades y teología, y también en lugar de contacto con la cultura occidental. Hacia 1600, se contaba con 11 colegios, 6 seminarios, 2 seminarios pontificios, con un total de más de 3.500 alumnos. En 1608 se inauguró una universidad en Pozna\_. A pesar de las guerras y persecuciones que atribularon estas tierras, continuó la expansión: había ocho colegios en 1608, y unos 40 en 1772 en Polonia; y 14 en 1655, y 25 en 1755 en Lituania. El número de alumnos creció hasta 10.000. Igual que en otros países, el renombre de las escuelas jesuitas atrajo tanto a los católicos como a los protestantes. El teatro, los debates y las congregaciones

marianas florecieron en todos ellos.

En la Inglaterra isabelina, la educación católica no era posible. Cuando se promulgaron leyes que obligaban a los niños católicos a asistir a las escuelas de la Iglesia anglicana, Robert \*Persons fundó el colegio de St. Omer en Flandes (1592) para la educación de los católicos de Inglaterra. Los jesuitas fundaron también seminarios en España e Italia para la formación de sacerdotes ingleses, escoceses e irlandeses.

## 2. *Expansión en los Países Coloniales.*

El Renacimiento en España coincidió con la expansión colonial. Los primeros jesuitas españoles que llegaron a México pronto se dieron cuenta de la importancia de la educación como instrumento para el desarrollo de los pueblos nativos. Su primera escuela era sólo para españoles y se fundó en la ciudad de México en 1573. Unos años más tarde, se inauguró en la misma ciudad un segundo colegio para indios. Poco después, ya había 26 colegios en México, y los jesuitas enseñaban además en la Universidad Pontificia. Perú había tenido su primer colegio jesuita en 1582, y al tiempo de la expulsión en 1767, había 16 colegios, un seminario diocesano y la Universidad San Ignacio de Loyola en Cuzco, fundada en 1623. Los jesuitas llegaron a Argentina en 1585; se abrieron colegios en Santa Fe (1610), Mendoza (1616) y Buenos Aires (1617); durante los siguientes 150 años, éstas fueron las únicas escuelas secundarias en toda la región. Durante las guerras, expulsiones y agitaciones políticas, los colegios fueron cerrados repetidamente, pero los tres subsisten aún. Por toda Hispanoamérica, había más de 120 colegios jesuitas, de ellos 13 en Paraguay y 10 en Chile. Al otro lado del globo, los jesuitas españoles llegaron a las Filipinas en 1581 y abrieron colegios en Manila y Cebú antes de 1595, junto con varias escuelas de misión. El de Manila se convirtió en una universidad y centro para candidatos al sacerdocio. En 1670 se fundó otro colegio en Guam.

Los jesuitas portugueses acompañaron a los colonizadores y pronto abrieron colegios

en la India, Angola (1575), Mozambique (1611), y en el Brasil. Juan III envió seis jesuitas a Bahia (Brasil) en 1549. Inmediatamente organizaron escuelas primarias, y poco después éstas se convirtieron en colegios, particularmente en los mayores centros de población (Bahia, Rio de Janeiro, Recife, São Paulo); la ayuda económica les llegaba de las propiedades rurales y del gobierno. Al ser expulsados en 1759, había 17 colegios y 10 seminarios. A diferencia de las colonias españolas, no había otros centros de educación; la expulsión de los jesuitas dejó un vacío que no pudo suplirse durante decenios. La CJ en las colonias francesas tuvo una acción educativa más restringida. Se comenzaron colegios en Quebec en 1635, junto con unos pocos más en el Oriente Próximo y en la India.

El siglo XVII fue el período de mayor expansión de la educación jesuita. Su influencia y superioridad continuaron hasta los primeros decenios del siglo XVIII, pero los comienzos de la ciencia moderna y la expansión de las lenguas vernáculas, junto con la cada vez más generalizada apertura de otros colegios, contribuyeron a una disminución de la importancia de los colegios jesuitas. La *Ratio*, innovadora en 1599, no se había modificado en casi 200 años. Las primeras señales de estancamiento se juntaron a las primeras turbulencias políticas. Pese a ello, cuando Clemente XIV suprimió la CJ en 1773, eran 845 los centros educativos jesuitas esparcidos por toda Europa, las Américas, las Indias, Rusia y el lejano Oriente. De este número, más de 200 eran seminarios y universidades, y colegios, unos 600.

### III. AÑOS DE LA SUPRESIÓN (1773-1814).

Al ser suprimida la CJ, siguieron abiertos unos pocos colegios a cargo de otras direcciones; algunos antiguos jesuitas continuaron como profesores bajo nuevas autoridades. Pero en general, las bibliotecas fueron asaltadas o confiscadas, las instituciones se perdieron, y más de 200.000

alumnos tuvieron que acudir adonde pudieron para poder proseguir su educación o, como ocurrió en algunas colonias, se quedaron sin posibilidad de conseguir educación. Con todo, y debido al menos en parte a los colegios, la supresión nunca llegó a ser completa. En Prusia Federico el Grande consideraba a los colegios jesuitas (y a la Universidad de Breslau/Wroc\_aw) como esenciales para la educación de los católicos de Silesia y Prusia y, decidido a que continuaran en sus tareas, difirió la promulgación de la bula de supresión. Incluso después de haber sido promulgada (1782), antiguos jesuitas mantuvieron la posesión de sus colegios, como "Sacerdotes del Instituto de las Escuelas Reales".

Cuando Polonia fue dividida en 1772, la zarina Catalina II encontró, en sus recientes adquisiciones de Rusia Blanca, cuatro colegios jesuitas (Polotsk, Vitebsk, Orša y Daugavpils). Ignoró la bula de supresión para evitar un desastre educativo con la esperanza de elevar el sistema educativo de toda Rusia gracias a los profesores jesuitas. Por tanto, la CJ nunca se suprimió en esta área, y lentamente el número de los colegios creció. Pío VI reconoció formalmente la legitimidad de la CJ en la Rusia Blanca por medio del breve *Catholicae Fidei* (7 marzo 1801), y estimuló así las peticiones de individuos y de grupos de otras partes del mundo, que deseaban afiliarse a la CJ de Rusia.

Los jesuitas ingleses ya estaban acostumbrados a la emigración. Cuando la CJ fue expulsada de Francia en 1762, el colegio de St. Omer (territorio francés desde 1678) se trasladó a Brujas en los Países Bajos del Sur y, tras 1773, los antiguos jesuitas fueron recibidos por el obispo de Lieja y volvieron a encargarse de la enseñanza. Cuando le llegó la amenaza de las tropas de Napoleón, un caballero católico inglés (antiguo alumno) les ofreció su casa solariega en Stonyhurst, donde trasladaron su antigua escuela de St. Omer en 1793. A su imitación, se fundaron colegios en Clongowes Wood en Irlanda, Georgetown en



Estados Unidos y Riverview en Australia, Canisius en Zambia. El grupo de veinticuatro jesuitas de Stonyhurst fue recibido de nuevo en la CJ en Rusia en 1803. Clongowes Wood, cuya propiedad fue adquirida en 1813 por el P. General, abrió sus puertas en mayo 1814.

Entretanto, en Estados Unidos, el obispo John \*Carroll de Baltimore, ex-jesuita y antiguo alumno de St. Omer, pidió al general Gabriel Gruber la readmisión en nombre de los antiguos jesuitas que estaban bajo su jurisdicción cuando tuvo noticia del breve *Catholicae Fidei*. En 1804, cinco volvieron a entrar en la CJ y se encargaron de la academia de Georgetown, que había abierto sus puertas en 1789 a nombre de los "Caballeros católico-romanos de Maryland", el grupo de antiguos jesuitas. Carroll escribió: "Sobre esta Academia se fundan todas mis esperanzas de permanencia y éxito de nuestra santa religión en Estados Unidos". Con la llegada de Giovanni \*Grassi en 1815, Georgetown comenzó a ofrecer cursos universitarios y se convirtió en el *alma mater* de la educación católica superior en Estados Unidos.

Una evolución parecida se dio en Sicilia, Alemania y Francia, pero siempre como excepción, no como norma general. Cuando la CJ fue plenamente restaurada el 7 agosto 1814, lo que un tiempo había sido una vasta red de escuelas jesuitas prácticamente había dejado de existir.

#### IV. DESDE LA \*RESTAURACIÓN (1814-1998).

Los primeros esfuerzos hacia la reedificación del apostolado educativo fueron lentos. Después de la fundación en Clongowes, vinieron Brig (1814), Madrid, Valencia, Murcia, Tortosa, Trigueros, México (1816), Graus, Oñate, Tullamore (1817), Turín, Cádiz, Friburgo (1818), Génova y Puebla (1819). Pero al P. General Tadeo Brzozowski no le permitió el zar Alejandro que dejara Polotsk, limitándole así gravemente en su campo de acción. Sólo después de su muerte pudo la CJ dedicar su atención con más seriedad a las labores

educativas.

La CG XX eligió (1820) a Luis Fortis como general y le pidió que nombrara una comisión para trabajar en una nueva revisión de la *Ratio Studiorum*. La comisión empezó su tarea al mes de acabada la CG, pero el progreso fue muy lento. La CG XXI, tras elegir a Juan Roothaan como general, repitió (1829) la misma recomendación e insistió en que la acción fuera inmediata. Roothaan nombró la comisión en 1830, y solicitó ayuda y sugerencias de todas las provincias. Se publicó una edición revisada (25 julio 1832) de la *Ratio* y se envió a título experimental; tras un plazo prudencial de experimentación, se debían presentar las propuestas de cambio. La revisión definitiva se sometería a la siguiente CG para que se convirtiera en ley de la CJ. Tal plan no pudo llevarse a cabo. Aunque la *Ratio* revisada había tenido en cuenta cambios como las lenguas vernáculas, los estudios de las ciencias, la geografía y la historia, no podía incluir de ningún modo la amplia diversidad de los sistemas educativos ni los requisitos establecidos por los gobiernos. La CG XXII ordenó nuevamente la preparación de una edición oficial de la *Ratio*. En 1851, Enrico Vasco hizo una *Ratio* "adaptada a nuestros tiempos", pero en la CG XXV (1906) se volvió a discutir este asunto. Como la tarea resultaba imposible, la CG decidió que las provincias presentaran individualmente sus propios planes de estudios al P. General para su aprobación; urgía una firme adhesión a los métodos de enseñanza de la *Ratio* e indicaba la distinción entre las partes del curriculum que eran esenciales y aquellas que eran secundarias. No podía hacerse más.

##### 1. Un siglo de confusión (1814-1914).

Europa en el siglo XIX se hallaba en un estado constante de revolución económica, política, social y religiosa. La CJ, al igual que la Iglesia en su conjunto, era mirada como el lazo de unión con un pasado indeseable, y por ello cada cambio político o social llevaba a la expulsión de los jesuitas y a la confiscación de los colegios que habían vuelto a fundar. El zar Alejandro I expulsó

(1820) de Rusia Blanca a la CJ, y este hecho parece que se convirtió en una norma para la Europa del siglo XIX.

En la península italiana, que contaba (1814) con ocho estados soberanos, al cabo de poco tiempo, la CJ abrió colegios en Módena, Génova, Piamonte y Venecia (57 hasta 1848). Este mismo año, la CJ fue suprimida en el reino de Cerdeña-Piamonte; a medida que las tropas se dirigieron a Roma desde el norte y el sur, la CJ fue suprimida poco a poco en toda Italia, y sus colegios cerrados. El último de ellos fue el Colegio Romano, que fue puesto bajo la dirección del clero diocesano en 1870. Las familias católicas opuestas a un Estado liberal abrieron escuelas privadas, dirigidas por jesuitas que vivían como sacerdotes seculares. Pero éstas no recibieron ayuda económica ni reconocimiento oficial; el número de alumnos era muy limitado y los que se graduaban tenían que presentarse a los exámenes estatales. Los colegios jesuitas no fueron reconocidos oficialmente hasta firmarse el concordato entre la Iglesia y el Estado en 1929.

Debido a su profunda inestabilidad política, la situación en España era aún más difícil. Fernando VII restauró la CJ en 1815 y muy pronto los jesuitas establecieron 13 colegios, entre ellos el \*Colegio Imperial de Madrid, pero, con el triunfo de los liberales, fueron suprimidos de nuevo en 1820. Restablecidos otra vez en 1823, se les concedió (1826) el privilegio de poder seguir "sus propios métodos" (es decir, la *Ratio*) en sus colegios, y a todos los graduados se les otorgó el derecho de ser admitidos en las universidades. Fernando murió en 1833; en 1834 la plebe atacó el Colegio Imperial, y dejó 15 jesuitas muertos. En 1835, la CJ fue suprimida otra vez, y sus bienes confiscados. Tras el concordato de 1851 los jesuitas fueron reconocidos como "orden misionera"; aunque no podían tener la dirección de colegios dentro de España, podían formar jesuitas los abiertos en Cuba y Puerto Rico. Pero la revolución de 1868 efectuó otra expulsión, y esta vez la vuelta fue lenta y

cautelosa. Gradualmente se abrieron colegios jesuitas, pero sólo bajo el estrecho control del gobierno. Como el ingreso en las universidades se había hecho más difícil, los jesuitas abrieron sus propias instituciones de enseñanza superior, comenzando con la de Deusto en Bilbao (1886).

La situación de Portugal era sólo algo más estable. El rey Miguel pidió que los jesuitas volvieran a Portugal en 1829, y éstos abrieron colegios en Coímbra y Évora. De nuevo expulsados en la revolución de 1834, regresaron en 1880; pudieron entonces establecer siete colegios antes de otra expulsión en 1910.

En Francia, la educación se había convertido en un monopolio del Estado. Los jesuitas que regresaron a su patria sólo pudieron abrir unos pocos seminarios menores para niños. Incluso este privilegio terminó de modo abrupto cuando la CJ fue expulsada en 1828. Los jesuitas franceses abrieron colegios en el exilio de Suiza. Sólo después de 1850 hubo calma, cuando la ley Falloux permitió a los mayores de 25 años abrir colegios. Los jesuitas, entre 1850 y 1878, abrieron 30, con un total de más de 10.000 alumnos; se incluían los colegios de Vaugirard, Ste. Geneviève y St. Ignace, todos en París. La III República (1879) trajo consigo una nueva ola de anticlericalismo, que proscribió a los jesuitas otra vez. Exiliados a Bélgica, España y al Reino Unido, cuando la oposición se mitigó, se abrieron 22 colegios, pero sin ayuda del Estado. Desde la nueva expulsión de 1910, los colegios se mantuvieron abiertos por los *anciens élèves*.

El P. General Roothaan promovió el apostolado de la educación en Holanda a fin de emancipar la minoría católica que estaba en gran desventaja cultural y económica. Se fundaron ocho colegios y, hacia fin de siglo, catorce en Bélgica. Los jesuitas polacos, expulsados por el Zar, se trasladaron a Galitzia; allí establecieron un colegio en Tarnopol, seguido por otros en Lemberg, Neu-Sandoc y Cracovia. En Croacia, los jesuitas dirigieron el gimnasio estatal en Dubrovnik desde 1854 hasta 1868. Pudieron

abrir también pequeños colegios y especialmente seminarios.

Por la imposibilidad de volver a Alemania, los jesuitas se establecieron en Suiza; al ser expulsados en 1848, pudieron regresar a su país, donde trabajaron sobre todo con jóvenes, pero sólo fundaron un colegio, el Stella Matutina en Feldkirch (Austria). En 1893, pudo llevarse a cabo una primera entrada en Escandinavia, con un colegio en Copenhagen, que duró hasta 1982. Para 1899 los jesuitas alemanes ya trabajaban en dieciséis colegios, incluidos los de las misiones. En 1863 se abrió el de Maria-Laach. A resultas de la *Kulturkampf*, la CJ fue suprimida en Alemania en 1873, pero siguió en Austria y tomó bajo su responsabilidad la facultad teológica de la Universidad de Innsbruck, y la docencia en el seminario diocesano Canisianum. Los jesuitas húngaros se encargaron del observatorio de Kalocza y de los centros catequéticos de Budapest.

En Irlanda los tiempos eran más pacíficos. Después de Clongowes Wood, se abrieron escuelas regularmente a lo largo del siglo: 1832, 1858, 1860 y 1882. Finalmente en 1883, se pidió a la CJ que se encargara de la dirección del University-College de Dublín (sucesor de la evolución de la Universidad Católica, fundada por John Henry Newman). Cuando en 1908, se creó la Universidad Nacional de Irlanda, aquél pasó a ser dirigido por seculares y los jesuitas tomaron una residencia universitaria de estudiantes. Durante estos mismos años el apostolado educativo en Gran Bretaña se fue ampliando a partir de Stonyhurst, con la creación de un segundo colegio-internado en Beaumont, y colegios en Liverpool, Preston, Glasgow y Londres.

*Países de Misión.* Los jesuitas irlandeses fueron a Australia, donde fundaron cinco colegios entre 1856 y 1880. Más tarde, empezaron misiones en Hong Kong y Zambia, cada una con dos colegios. Entretanto, los jesuitas ingleses fundaron colegios en África del Sur y en la actual Guayana.

Las condiciones turbulentas de España se convirtieron en una ayuda indirecta para el retorno de los colegios jesuitas a las antiguas colonias, que para entonces comenzaban a ser países independientes: el personal y los recursos que no podían ser empleados en España se encaminaron al extranjero. En las Filipinas, se abrió el Ateneo Municipal de Manila con ayuda de la ciudad en 1859. Cuando Estados Unidos ocupó las Filipinas, se perdió la ayuda de la ciudad. Las guerras de independencia retrasaron el desarrollo en Iberoamérica, pero los colegios jesuitas regresaron a México (1853), Cuba (1854), Chile (1856), Ecuador y Argentina (1862) y a Perú (1878).

De igual modo, los jesuitas franceses volvieron a Quebec en 1842 y abrieron dos colegios. Después de llegar a China en 1841 abrieron un colegio en Nanjing/Nankín (1853) y la Universidad de Aurora en Shanghai (1903). En 1875, establecieron la Universidad de St. Joseph en Beirut. Los italianos llegaron a Albania en 1841, y abrieron un colegio en 1878. Hacia 1914, los alemanes habían establecido cinco colegios en el sur del Brasil.

La India se convirtió en una empresa misional de conjunto y permaneció así hasta después de su independencia. Los belgas llegaron a la región de Calcuta en 1834, y abrieron colegios en Calcuta (1860) y Darjeeling (1888); los franceses, a Madurai en 1837, y abrieron colegios en Madrás (1844) y Trichinopolis (1883); los alemanes, a Bombay en 1854, donde abrieron un colegio en 1870; los italianos fundaron (1879) un colegio en Mangalore. Estos colegios fueron los primeros de una cadena de centros educativos en su región, y cada uno de los colegios originales se transformó en colegio universitario, afiliado a una de las universidades estatales. En poco tiempo, las escuelas jesuitas lograron un gran impacto en el sistema educativo de la India.

Un esfuerzo misionero similar se realizó en Estados Unidos: los alemanes abrieron la misión de Buffalo; los franceses fueron a Luisiana; los belgas a Misuri; y los italianos a Colorado y California. En este caso, con

todo, los jesuitas se tuvieron que adaptar a una nación independiente con una tradición, establecida mucho antes, de separación entre Iglesia y Estado. Por ello, sus instituciones educativas hubieron de sostenerse exclusivamente a partir de contribuciones económicas y donaciones, aunque también gozaban de libertad para desarrollarse sin interferencia exterior ni peligro de expulsión o supresión. Por esta razón, gozaron de mayor libertad en sus cursos, métodos de enseñanza y filosofía educativa que en cualquier otro país de aquel tiempo. Georgetown estaba floreciente; se le sumaron colegios en Washington, D.C. (1821), St. Louis (1829), Cincinnati (1831), Grand Coteau (1837), Nueva York (1841), Mobile (1847) y Nueva Orleans (1848). En general, todos estos colegios comenzaron como las "escuelas de gramática" de la *Ratio*; gradualmente la mayoría de ellas evolucionaron convirtiéndose en escuelas de siete años, que abarcaban los niveles secundario y terciario (universitario) de la *Ratio*. Las escuelas jesuitas se fueron desarrollando al mismo tiempo que el sistema escolar público se extendía a través del país. A medida que la filosofía americana de la educación iba obteniendo madurez y el peculiar sistema americano de acreditación iba logrando mayor aceptación, los colegios jesuitas consideraron que era necesario conformarse al modelo americano: una "High School" (secundaria) de cuatro años, seguida por otros cuatro años de "College" (nivel universitario), por regla general en una institución separada o diferente. En 1814 había 25 jesuitas y dos colegios, ambos en conformidad con el modelo europeo. Hacia 1900, ya había dos provincias y cinco misiones, al frente de 27 escuelas secundarias y colleges según el modelo americano, con un total de 6.613 alumnos.

Hacia 1914, el sistema educativo jesuita se había establecido de nuevo por todo el mundo. Incluso en países donde las expulsiones se sucedían, los jesuitas volvían una y otra vez a fundar sus colegios. Pero las profundas transformaciones que habían

afectado a Europa y al mundo entero, afectaron también a la educación jesuita. La necesidad de adaptarse a las nuevas leyes sobre la educación, junto con el reto de ofrecer diferentes tipos de educación en tan diversos países y con tan variadas necesidades, significó que la *Ratio* cada vez tenía menos ascendencia en la determinación del estilo y forma de la educación jesuita. Los vocablos gramática, poesía y retórica se usaban aún en referencia a los diferentes cursos de los colegios, pero más como una reminiscencia de la terminología de la *Ratio* que como un influjo real y verdadero.

Un segundo factor influyó también en la tradición jesuita de educación gratuita. En un mundo donde emergían las democracias, era imposible encontrar bienhechores que dotaran de fondos a los colegios. En países donde no existía ayuda del Estado a la educación, los colegios no podían subsistir sin contribución de los alumnos, lo cual estaba explícitamente prohibido por las leyes jesuitas sobre la pobreza. De hecho, un colegio que se abrió en Washington, D.C., en 1821, tuvo que ser cerrado en 1827 precisamente por esta razón. En 1833 Gregorio XVI concedió una dispensa de esta ley de la pobreza a la Universidad de St. Louis en Estados Unidos. Desde entonces, los colegios jesuitas, en muchas partes del mundo, se han podido defender gracias sobre todo a la contribución económica de los alumnos. Sigue en pie el ideal jesuita de la educación concebida como un servicio que se ofrece a todos, y los colegios han intentado encontrar soluciones alternativas, tales como fundaciones y donaciones que reducen el nivel del aporte económico y ofrecen becas para estudiantes necesitados.

Los colegios jesuitas estuvieron exclusivamente abiertos para niños y jóvenes hasta mediados del siglo XX. A medida que se generalizó la educación de las mujeres en el siglo XIX, los educadores jesuitas tuvieron un papel importante en la fundación de órdenes religiosas femeninas, dedicadas a la enseñanza, las cuales deberían llevar la

espiritualidad y la filosofía de la educación jesuita a sus colegios para chicas (véase \*Institutos religiosos femeninos).

## 2. Años de Crecimiento (1914-1965).

En la educación jesuita del siglo XX tuvieron un marcado influjo dos factores, sobre todo, los trastornos políticos y el desarrollo de una comunidad internacional. En 1914, se permitió volver a sus colegios a los jesuitas de Alemania y en 1918, a los de Francia. Cuando fueron expulsados de Portugal en 1910, los jesuitas perdieron siete colegios; sólo en 1933 fue posible su vuelta; después, se establecieron tres colegios y una facultad de filosofía. Entretanto, se dieron nuevas expulsiones, la de México en 1917 y de España en 1932. Aunque la CJ aún no estaba reconocida oficialmente en México, hacia 1965 siete colegios y dos universidades habían sido inauguradas. En España, tras la guerra civil (1939), los colegios jesuitas crecieron rápidamente. En un esfuerzo por atender a las necesidades de huérfanos y desposeídos, se fundó una red de escuelas técnicas y profesionales que puede considerarse como única entre los sistemas educativos jesuíticos de carácter nacional. Había ocho universidades en 1980, varias de ellas especializadas en ciencia o ingeniería, así como 29 colegios de tipo tradicional, y 29 escuelas profesionales (en especial en Andalucía), junto con un sistema de escuelas para pobres, bajo la dirección de la CJ.

La conquista nazi cerró todas las escuelas jesuitas hasta 1945, y fue seguida por el régimen comunista en la Europa del Este, el cual eliminó los colegios de diez provincias jesuitas, excepto unos pocos seminarios en Polonia, Croacia y Eslovenia. Los jesuitas fueron expulsados de China en 1949, pero seis de sus colegios se pasaron al exilio en Taiwan, las Filipinas y Macao. Al terminar la revolución en Cuba, el famoso colegio de Belén se trasladó a Miami en Estados Unidos.

Donde existía libertad para la educación privada, los colegios jesuitas crecieron a un ritmo sin precedentes desde el siglo XVII. Este crecimiento fue sobremanera

espectacular en Estados Unidos, donde los jesuitas nativos fueron reemplazando a los misioneros. En 1960, se contaban 54 escuelas secundarias y 28 colleges y universidades, ocho de las cuales eran centros universitarios de fama nacional, que ofrecían títulos superiores en ciencias y humanidades, estudios empresariales, leyes, medicina y odontología, con facultades que contribuyen a la investigación básica y también a la aplicada.

En la India hacia 1900, había más de sesenta y cinco escuelas secundarias y quince centros universitarios. En Japón, Sophia University (J\_chi Daigaku) fue fundada en T\_ky\_ (1913) por los jesuitas alemanes que se habían hecho cargo de la misión en 1908. Al final de la II Guerra Mundial, Japón se convirtió en una misión de carácter internacional, y jesuitas de todo el mundo afluyeron principalmente como profesores de Sophia. En los decenios siguientes esta universidad obtuvo gran renombre como una de las más sobresalientes del país, pese a que su población cristiana es alrededor del 1%. Ha sido llamada la "columna vertebral de la Iglesia católica del Japón", y cuenta con el complemento de cuatro colegios jesuitas, el primero de los cuales se comenzó en 1938. Debido a su tradición de excelencia, hubo jesuitas que actuaron como consultores de los programas educativos del Japón. Algo semejante ocurrió en Corea del Sur, donde la Universidad de Sogang fue establecida en 1960, y obtuvo rápidamente gran prestigio en el país. En Indonesia, los jesuitas holandeses comenzaron una escuela de magisterio en 1904, que duró hasta la ocupación del país por los japoneses en 1942. Una nueva escuela de magisterio (1955) evolucionó hasta convertirse en universidad. La CJ había iniciado escuelas secundarias en 1927.

La educación jesuita empezó en África en 1575, cuando los portugueses fundaron un colegio en Luanda (Angola). Otros pocos ejemplos similares pueden encontrarse antes de la supresión, pero no hubo un esfuerzo educativo continuado hasta fines del siglo XIX, cuando los jesuitas franceses fundaron

escuelas en Madagascar y Egipto, y los belgas llegaron al Congo. Con estas excepciones, el crecimiento real de los colegios jesuitas en África pertenece al siglo XX, en el que se comenzaron escuelas para huérfanos y esclavos liberados, se prepararon catequistas, y se fundaron escuelas primarias. Las escuelas primarias jesuitas en el Congo educaban a más de 100.000 alumnos en 1935. Con la evolución de los países y de la Iglesia, los centros catequéticos y las escuelas primarias se entregaron a las diócesis, y los jesuitas se encargaron de sus ministerios más propios: trabajo en escuelas secundarias, escuelas técnicas, seminarios y facultades universitarias. En Zambia se fundaron escuelas secundarias en 1949, y en Camerún en 1952. El primer college universitario de Etiopía fue inaugurado por los jesuitas franco-canadienses en 1944. En Marruecos había estado funcionando una escuela de agricultura desde 1950, prestando una presencia y servicio cristianos a una nación islámica. A medida que los países africanos fueron obteniendo la independencia muchas escuelas fueron nacionalizadas. Todo este periodo de expansión fue acompañado de una creciente organización de la educación de la CJ. En 1934, el P. General Wlodimiro Ledóchowski ordenó la creación de la Jesuit Educational Association (JEA), de Estados Unidos, que por su espíritu de innovación y de adaptación a la realidad, había de tener un influjo determinante en otras asociaciones similares surgidas posteriormente. La JEA estableció normas comunes para los colegios y universidades de aquel país durante más de 30 años, y ayudó mucho a dar sentido de identidad y desarrollar la calidad de un sistema educativo en expansión.

Fue sobre todo al finalizar la II Guerra Mundial cuando el sistema educativo de la CJ se organizó fuertemente y cobró consistencia. En el generalato del P. Juan Bta. Janssens (1946-1964) se tomaron importantes medidas para la reestructuración del sector educativo. En el ámbito tanto provincial como nacional, se fueron constituyendo Prefecturas Generales de

Estudios. Se fue logrando así una mayor coordinación entre colegios y una más estrecha colaboración internacional. Se nombraron visitadores de colegios para varios países y regiones (España e Iberoamérica). Se promovió dentro de la CJ la creación de Asociaciones Nacionales y Regionales de Educación. En 1963, se realizó en Roma un primer encuentro internacional de expertos en el apostolado de colegios, buscando criterios comunes en la inspiración y en la acción. El trabajo de la educación fue adquiriendo de esta manera un carácter cada vez más corporativo.

### 3. Crisis y Reto desde 1965.

Desde 1945 hasta alrededor de 1963, las vocaciones para la vida religiosa eran muy abundantes, la aspiración por una buena educación se generalizó en los países en desarrollo, y el número y tamaño de los centros educativos jesuitas alcanzó su cima. Desde 1965, un notable descenso de vocaciones y abandonos en masa de la vida religiosa coincidieron con un acentuado aumento en el coste de la educación. Fue el comienzo de una tendencia contraria: los colegios se cerraban o pasaban a otras manos. Este hecho fue más dramático en Europa: sólo en Italia ocho de los dieciséis colegios jesuitas se cerraron, y lo mismo ocurrió en otros países. En Estados Unidos seis colleges fueron cerrados; centros tan famosos como Beaumont en Inglaterra y el Patria de la Ciudad de México dejaron de funcionar.

El número de jesuitas dedicados a la educación fue también descendiendo progresivamente, mientras aumentaba el de los profesionales laicos. De cerca de 10.000 jesuitas que trabajaban en educación en los años 60 (la cifra máxima alcanzada, la cual representaba alrededor de un 30% de todos los jesuitas), se pasó en 1998 a 4.561 (el 20,8% del número total de jesuitas). El número de colaboradores no jesuitas, en su inmensa mayoría laicos, fue ascendiendo constantemente hasta alcanzar en 1998 a 73.750; la proporción es de un 5,8% de jesuitas y un 94,2% de laicos, con tendencia

a acentuarse la diferencia de porcentaje.

Al descenso en el número de jesuitas, se añadieron otros problemas. La crisis mundial que afectó a la educación en los años 60 y 70, tocó de lleno a la CJ. Las críticas a la institución escolar y, por otra parte, las nuevas orientaciones del \*Vaticano II (1962-1965) y del Sínodo de los Obispos (1971), tuvieron un profundo impacto en el sector educativo jesuítico. La "opción por los pobres" y la "educación para la justicia" se convirtieron en temas candentes. En 1967, durante el generalato del P. Pedro Arrupe (1965-1983), se creó el Secretariado de Educación, con el fin de lograr una mayor coordinación y dar sentido de unidad al trabajo educativo. El Secretariado desde sus inicios dio un nuevo impulso a la educación de la CJ y cumplió un papel determinante en la renovación del apostolado educativo.

En 1973, el P. Arrupe abrió nuevas perspectivas al proponer a los educadores la formación de "hombres y mujeres para los demás", "agentes y promotores del cambio". La CG XXXII (1974-1975) redefinió la misión de la CJ como el "servicio de la fe y la promoción de la justicia" y pidió a los jesuitas entrar en un proceso de reflexión y revisión de sus obras apostólicas. Los colegios y demás instituciones educativas, acusados por no pocos de elitismo y criticados por su discutible capacidad de educar para la justicia, asumieron el reto y se comprometieron en un serio proceso de evaluación y transformación.

En 1986, el Secretariado de Educación publicó *Las Características de la Educación de la CJ*. El documento, promulgado por el nuevo General P. Peter-Hans Kolvenbach, trató de definir los elementos propios de la educación de la CJ, a partir de la visión y experiencia de Ignacio, de los Ejercicios y de las Constituciones, y de toda la tradición pedagógica secular de la CJ. Traducidas a 13 lenguas, las *Características* se convirtieron en adelante en documento de obligada referencia para colegios, universidades e instituciones educativas de la CJ, que recogieron en sus "declaraciones de misión",

o idearios, y trataron de llevar a la práctica sus principios y orientaciones fundamentales. El documento, definido por algunos como "*el modo nuestro de proceder*" en educación, dio sentido de identidad y unidad a los establecimientos educativos de la CJ, como seguramente ningún otro documento desde la vieja *Ratio*. Colegios y universidades tomaron un nuevo giro, claramente inspirado en las nuevas orientaciones, e introdujeron cambios que, por regla general, se tradujeron sobre todo en sus objetivos educativos, en las políticas de admisión, en el estilo pedagógico empleado, en sus programas de servicio a la comunidad y en su compromiso cristiano y enfoque pastoral.

En 1993, se editó un nuevo documento, el *Paradigma Pedagógico Ignaciano. Propuesta Práctica*, instrumento para la aplicación de las *Características* al terreno concreto del aula, a través de una práctica pedagógica inspirada en la experiencia de los Ejercicios ignacianos. La influencia de estos dos documentos rebasó el ámbito de la CJ, extendiéndose a otras muchas instituciones educativas de origen ignaciano, que encontraron en él la fuente de inspiración de su propia pedagogía. Progresivamente se abrió paso la distinción entre educación "jesuítica" (directamente vinculada a la misión de la CJ, la cual asume la última responsabilidad institucional) e "ignaciana" (basada en la visión y carisma de Ignacio e inspirada en los Ejercicios).

Simultáneamente a este proceso de reencuentro con su propia identidad, las instituciones educativas de la CJ emprendieron un notable esfuerzo para adaptarse al nuevo contexto de una Iglesia y de un mundo en proceso de cambio. Ya en 1948, la Jesuit Educational Association (JEA) dio el paso de incorporar laicos competentes en las estructuras de gobierno de las instituciones. La fórmula sirvió de inspiración a otros países, para una gradual participación del laicado en la gestión de las obras de la CJ. Años más tarde, el Vaticano II planteó una nueva concepción sobre el papel del laicado en el ministerio de la Iglesia, dentro

del cual el apostolado de la educación representaba un campo privilegiado. Paralelamente a la disminución del número de jesuitas, se fue abriendo paso una mentalidad que consideraba a los laicos no como simples asistentes o empleados, sino como verdaderos colaboradores en la misión.

La CG XXXIV (1995) dio un paso más, al subrayar la colaboración de los jesuitas con los laicos y al admitir de plano que los laicos podían dirigir obras de la CJ. En el ámbito de la educación, se reconoció que la identidad y continuidad de las obras de la CJ sólo se vería asegurada a través de la selección de directores y profesores, jesuitas y no jesuitas, y de su formación en el carisma y pedagogía ignacianos, particularmente de quienes habían de ocupar puestos de responsabilidad. Consiguientemente con este principio, la preparación del laicado se convirtió en uno de los mayores retos y prioridades de la educación de la CJ.

A todo este proceso se sumó la incursión de la CJ en nuevos campos, distintos de los tradicionales, con una profusión de nuevas modalidades educativas, especialmente en países en desarrollo: escuelas agrícolas, técnicas y de formación profesional, programas de alfabetización, educación de adultos, educación por radio y televisión, centros de investigación y desarrollo educativo. El apostolado de la educación se había extendido fuera del terreno escolar, y abarcaba la parroquia, el centro social y las comunidades de base. La CG XXXIV reconoció que tales programas de educación no formal (fuera del sistema escolar tradicional) al servicio de los necesitados, caían plenamente dentro de la misión de la CJ.

Entre las nuevas modalidades educativas, cabe destacar el movimiento educativo *Fe y Alegría*, iniciado en Venezuela (1955), que se extendió sucesivamente a 13 países de Iberoamérica, ofreciendo a los sectores más necesitados una variada gama de servicios educativos, tanto de educación formal (primaria, secundaria, educación técnica y de adultos) como no formal

(programas de capacitación, desarrollo, educación por radio). La red de *Fe y Alegría*, bajo la responsabilidad última de la CJ, se ha desarrollado gracias a la importante participación y colaboración de más de un centenar de congregaciones religiosas, contando en 1998 con 853 centros educativos y cerca de 400.000 alumnos en la educación formal, además de numerosos programas y otros tantos beneficiarios en educación no formal.

Parecidas redes educativas se iniciaron también en zonas rurales de la India, al servicio de la poblaciones tribales y de los "dalits" o intocables; entre sectores indígenas de Iberoamérica y Estados Unidos; y en los barrios marginales de muchas ciudades de Europa y del continente americano, con los pobladores de minorías étnicas o migrantes.

En los umbrales del siglo XXI, nuevos desafíos se plantean al apostolado educativo de la CJ, relacionados principalmente con su identidad propia (jesuítica o ignaciana), y con nuevas estructuras de gestión, en las que el laicado habrá de asumir una responsabilidad cada vez más importante.

#### V. RESUMEN FINAL: EL "SISTEMA EDUCATIVO" JESUITA.

La *Ratio* de 1599 creó un sistema escolar uniforme y una visión educativa que se extendió por toda Europa, las Indias y las Américas. La palabra "colegio" tenía ya varios significados (descritos más arriba), pero había un curriculum único y básico, común a todos los colegios jesuitas, aunque no todos contaban con el plan o programa completo: muchos sólo ofrecían estudios secundarios, sin cursos de filosofía o teología a nivel universitario. A medida que la educación se fue especializando, los colegios jesuitas añadieron cursos de ciencia, economía, estudios sociales y una gran variedad de otras disciplinas. Hasta hace poco, todo esto no pasaban de ser variaciones dentro de un mismo tema; pero hoy día, nos encontramos con una gran variedad de diferentes *tipos* de instituciones jesuitas.

A nivel secundario existen tres grupos principales: 1) El tradicional colegio de artes



liberales o escuela "preparatoria" para el nivel universitario, descendiente directo del colegio jesuita del siglo XVII, que se concentra en las humanidades y en las ciencias como preparación para los estudios universitarios. 2) La "escuela profesional" que combina un núcleo sólido de temas académicos con formación especial para una ocupación que requiere una capacitación, pero no necesariamente una preparación universitaria. 3) La "escuela técnica" que, supuesta una educación primaria básica, ofrece sólo un mínimo de temas académicos y se concentra en la formación para un trabajo semicualificado.

A nivel superior, la variedad de centros jesuitas es mucho mayor debido a las diferencias existentes en las normas gubernamentales, las tradiciones culturales y la filosofía o práctica educativa. Los tipos o variedades más importantes son: 1) El "college" o "universidad" (en particular, en las Américas y en Asia del Este) es una institución autónoma y privada; es generalmente más reducido y se concentra en las artes liberales, mientras que la "universidad" es una institución más amplia y mucho más compleja que, además de las artes liberales, ofrece también una gran variedad de otros programas profesionales y graduados. 2) El "university college" (sobre todo en Canadá y en la India) es una institución que puede ofrecer una gran variedad de programas (como el "college" ya mencionado), pero con una autonomía limitada. Está federado con una universidad del gobierno (u ocasionalmente, privada), de la cual depende para la aprobación de los programas académicos, para otras normas y para la concesión de títulos. 3) El "colegio universitario" (o "Colegio Mayor") es una residencia para alumnos (en especial, en Australia, España e Italia); en países donde, por razones históricas, las universidades privadas son escasas, la CJ se responsabiliza de residencias de estudiantes que pueden depender o ser completamente independientes de una universidad. Además de la atención pastoral, estos centros ofrecen a los residentes tutorías, estudio guiado y

orientación para la carrera. 4) Las "facultades universitarias" (especialmente en Europa) hacen referencia a una institución que puede ser autónoma o federada con una universidad estatal; no son consideradas como universidades en sentido pleno, ya que ofrecen sólo programas seleccionados (ciencias empresariales, ingeniería, etc.). 5) La "escuela profesional" puede ser parte de una universidad, de un college universitario, o de una facultad universitaria, o ser completamente autónoma. Cada escuela profesional imparte formación en una profesión específica que requiere más que una educación secundaria, tal como ingeniería, medicina, enseñanza. 6) El "seminario", desde el tiempo de Ignacio, ha formado candidatos para el sacerdocio; además de preparar a sus propios miembros, la CJ ha tenido siempre a su cargo un buen número de seminarios diocesanos. Hoy, aunque todavía se concentran en la formación filosófica y teológica, estos seminarios están abiertos a otros alumnos, hombres y mujeres, que desean participar en el servicio de la Iglesia, pero no necesariamente prepararse para la ordenación sacerdotal.

En medio de tanta diversidad y dentro de las limitaciones de las legislaciones nacionales y diferencias culturales, la noción de un "sistema" educativo uniforme tal como se contenía en la *Ratio* se fue perdiendo en los primeros años del siglo XX. Con todo, no hizo falta mucho tiempo para que la CJ se diera cuenta del impacto negativo de esta pérdida y se tomaron medidas para recobrar el sentido de un sistema, aunque no de la *Ratio* en sí misma. La creación de asociaciones educativas de la CJ contribuyó poderosamente a ello. En 1970, la Jesuit Educational Association (JEA) se ramificó en dos asociaciones: la AJCU (para los "colleges" y universidades) y la JSEA (para la educación secundaria). Poco antes o después fueron surgiendo nuevas asociaciones: la Jesuit Educational Association (JEA) en Asia del Sur; la Asociación de Universidades confiadas a la

CJ en América Latina (AUSJAL); la East Asian and Oceania Jesuit Education Conference (EAOJEC); el Jesuit European Committee for Secondary Education (JECSE); las Coordinaciones Regionales de Educación Secundaria de América Latina; y numerosas otras asociaciones de educación de la CJ, de carácter provincial, nacional o regional. En el ámbito de la Secretaría de Educación, en 1980 se creó la International Commission on the Apostolate of Jesuit Education (ICAJE, equipo de expertos en educación secundaria que tuvo un destacado papel en la redacción de las *Características* y del *Paradigma Pedagógico Ignaciano*), y en 1994 el International Committee on Jesuit Higher Education (ICJHE, para la educación superior).

En la era del post-Concilio, la noción de "sistema" ha venido a significar una inspiración común, más que normas comunes, imposibles de aplicar ante realidades tan diferentes. Hace cuatro siglos, la primera *Ratio* dio consistencia al sistema educativo de la CJ. Hoy día, la inspiración común que comparten las instituciones y las asociaciones educativas de la CJ viene dada por las *Características de la Educación de la CJ*. En palabras del P. Peter-Hans Kolvenbach en su carta de presentación (1986), "no es una nueva *Ratio Studiorum*. Sin embargo, ... este documento puede darnos a todos una visión común y un común sentido de nuestra finalidad ... A pesar de las dificultades y las incertidumbres, la educación sigue siendo un apostolado preferencial de la CJ".

FUENTES. Aicardo 3:1012-1017. *Institutum S.I.* 3:609, 694. *Const/Normas* 467. Arregui 864. AR 19 (1985) 394-403 ["The Jesuit University today"]; (1986) 767-955 ["De proprietatibus educationis iesuiticae": trads.]; *Index* [Coeducatio].

TEXTOS. Sommervogel 10:796-806.

BIBLIOGRAFÍA. Polgár 1:447-465. [Generalia]. Castiello, J., *La formación mental*, trad. P. Zuloaga (México, 1944). Charmot, F., *La pédagogie des jésuites. Ses principes. Son actualité* (París, 1951. Madrid,

1952). Fabre, P.A., "Dépouilles d'Égypte. L'expurgation des auteurs latins dans les collèges jésuites", *VV.*, *Les jésuites à la Renaissance* (París, 1995) 55-76. Giard, L., "Le devoir d'intelligence ou l'insertion des jésuites dans le monde du savoir", *ibidem*, xi-lxxix. Ganss, G., *Saint Ignatius Idea of a Jesuit University* (Milwaukee, 1956. La Habana, 1958). Gutiérrez, A., "S. Ignacio y la Universidad", *Pastoral xaveriana* 3 (1996) 185-242. *Enciclopedia pedagógica* (Brescia, 1989) 2:2812-2826. Margolin, J.Cl., "L'éducation au temps de la Contre-Réforme", *Histoire mondiale de l'éducation* (París, 1981) 2:213-232. O'Malley, J.W., *The First Jesuits* (Cambridge, Mass., 1993; Bilbao, 1995) c.6-7. Paul, E., *Geschichte der christlichen Erziehung. 2. Barok und Aufklärung* (Friburgo, 1996) 15-47. Ravier, A., *L'éducation de l'homme nouveau. Essai historique et critique sur le livre de l'Emile de J.-J. Rousseau*, 2 v. (Issodum, 1941). Scaglione, A., *The Liberal Arts and the Jesuit College System* (Amsterdam, 1986). Schmitz, E., *Os jesuitas e a educação. A filosofia educacional da CJ* (São Leopoldo, 1994). Seifert, A., "Der jesuitische Bildungskanon im Lichte zeitgenössischer Kritik", *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte* 47 (1984) 43-75. *La pedagogia della CG*, ed. F. Guerello-P. Schiavone (Mesina, 1992). *La identidad ignaciana en la educación. Orientaciones, principios y propuestos* (Buenos Aires, 1996).

[Naciones]. IMPERIO: Polgár 2/1:23-25; 84s. Keck, R.W., "Das Erziehungs- und Bildungsprogramm der Jesuiten...", *Friedrich Spee von Langenfeld* (Hildesheim, 1985) 47-63, 64-88. Müller, R.A., "The Colleges of the S.J. in German Empire", *I collegi universitari in Europa tra il XIV e il XVIII sec.* (Milán, 1991) 173-184. ARGENTINA: Polgár 2/2:36s. BRASIL: Polgár 2/2:100s. CANADA: Polgár 2/2:145. CHILE: Polgár 2/2:162s. COLOMBIA: Polgár 2/2:171. ESPAÑA: Polgár 2/1:144s. *Historia de la Educación en España y América*, ed. B. Delgado Criado, 2 [s. XVI-XVIII] (Madrid, 1993); 3 [1789-1975] (Madrid, 1994). Bartolomé, B., "Los colegios de jesuitas y la educación de la juventud",

*Historia de la acción educativa de la Iglesia en España*, 1 [s.I-XVIII] (Madrid, 1995) 644-682 [bibl]. Gil, L., *Panorama social del humanismo español* (Madrid, 1997). Revuelta, M., *Los colegios de jesuitas y su tradición educativa, 1868-1906* (Madrid, 1998). ESTADOS UNIDOS. Polgár 2/2:207s. Curran, R.E., *The Bicentennial History of Georgetown University*, 2 v. (Washington, 1993). Fitzgerald, P.A., *The Governance of Jesuit Colleges in the United States, 1920-1970* (Notre Dame, 1984). Leahy, W.P., *Adapting to America. Catholics, Jesuits and Higher Education in the Twentieth C.* (Washington, 1991). McFadden, W.C., *Georgetown at two hundred. Faculty Reflections on the University's future* (Washington, 1990). *Jesuit Higher Education. Essays on an American Tradition of excellence*, ed. R.E. Bonachea (Pittsburg, 1989). FRANCIA: Polgár 2/1:200-203. Compère, M. - Julia, D., *Les collèges français, 16e-18e s. 1. Répertoire*, 4 v. (Paris, 1984-). Dainville, F. de, *L'éducation des jésuites (XVI-XVIII)* (Paris, 1978). Delattre, *Les établissements*. Demoustier, A., "Des 'Grandes Écoles aux Collèges'. Un aspect du rôle des jésuites dans l'évolution scolaire du royaume de France au XVI s.", *Les jésuites parmi les hommes* (Clermont Ferrand, 1987) 375-384. Flamarion, E., "Les collèges des jésuites français au siècle des Lumières: une école de citoyenneté?", *Méditerranées* 9 (1996) 55-73. Gontard, M., "Les jésuites et l'enseignement secondaire en France (1814-1850)", *Paedagogica historica* 25 (1985) 109-128. Martin, A. Lynn, *The Jesuit Mind. The Mentality of an Elite in Early Modern France* (Ithaca, 1988) c.3. Scaglione, o.c., 111-133. Schimberg, A., *L'éducation morale dans les collèges de la CJ en France, XVI-XVIII s.*, (Paris, 1913). GRAN BRETAÑA. Polgár 2/1:262. Chadwick, H., *St. Omer to Stonyhurst. A History of two Centuries* (Londres, 1962). Sire, H.J.A., *Gentlemen Philosophers. Catholic Higher Studies at Liège and Stonyhurst College, 1774-1916* (Worthing, West Sussex, 1988). HUNGRIA. Polgár 2/1:284s. ITALIA. Polgár 2/1:324s.

Brizzi, G.P., "Les jésuites et l'école en Italie", *Les jésuites à la Renaissance*, (Paris, 1995) 35-53. Id., "Scuole e collegi nell'antica Provincia Veneta della CG", *I Gesuiti e Venezia* (Padua, 1994) 467-511. Grendler, P.F., *Schooling in Renaissance Italy* (Baltimore, 1981) 363-381. Scaglione, o.c., 75-159. MEXICO: Polgár 2/2:252s. Gonzalbo Aizpuru, P., *Historia de la Educación en la época colonial* (México, 1990) 2:123-276. POLONIA. Polgár 2/1:447. PARAGUAY: Polgár 2/2:288. PERU: Polgár 2/2:305. PORTUGAL. Polgár 2/1:497. SUIZA. *400 Jahre höhere Lehranstalt Luzern, 1574-1974*, ed. G. Boesch-A. Kottmann (Lucerna, 1974). *Educational Institutions Directory - Guía.- Répertoire..* (Roma, 1998).

J. Sauv  (†) / G. Codina